



La Escalera
Lugar de lecturas

DONDE SE LA LLEVARON

COMIENZA A LEER...

ERICH HACKL

Erich Hackl
COMO SI UN ÁNGEL
PERIFÉRICA



1

Quisiera que la historia acabara como acaba aquel cuento: «Se abrió la puerta y entró la hija, con sus cabellos dorados y sus ojos rutilantes, y fue como si un ángel bajara del cielo. Se allegó hasta su padre y su madre, los abrazó y besó. Así fue, y todos lloraron de alegría».

No fue así. Gisela Tenenbaum no regresó, y lo que queda es un tejido de voces, por tramos apretado, por tramos agujereado y frágil. Tiene esa impronta de la verdad: así era ella, así vivíamos. Lo dicen sus padres, sus hermanas, sus amigos. Ellos, entre tanto, han envejecido, treinta años y más. Solo Gisi sigue tan joven como entonces, veintidós, y la mitad de su futuro es parte de nuestro pasado.

2

En 1977 el Viernes Santo cayó el 8 de abril. Fue el último día que, con toda certeza, Gisi vivió. Consta, en cualquier caso, que pasó la noche anterior en un apartamento pequeño y escasamente amoblado de la calle Italia en Godoy Cruz, un suburbio de Mendoza. La ciudad fue fundada en 1561 a ochocientos metros sobre el nivel del mar, arrasada tres siglos después por un terremoto y reconstruida luego con espléndidas avenidas bordeadas de plátanos y jacarandás, plazas y jardines floridos y un gran parque llamado, como muchos otros sitios de la zona, Libertador San Martín. El general y su ejército partieron de Mendoza en 1817 a liberar Chile y Perú del dominio colonial. Pese a ello, la ciudad no despierta asociaciones precisamente rebeldes. Los mendocinos tienen más bien fama de conservadores y reservados.

En el apartamento son tres: Gisela Tenenbaum, José Galamba, Ana María Moral. Son montoneros, dispersos y necesitados de ayuda; su cúpula se prepara para huir a Roma, no sin avizorar el inminente triunfo sobre la dictadura y exhortar a los compañeros que permanecen en el país a que no claudiquen, sino redoblen su entrega. Es posible que los tres intuyan la derrota, lo que ignoran es la dimensión de la catástrofe. Pero aunque supiesen cabalmente cuál es su situación no podrían dar marcha atrás, los militares vienen pisándoles los talones, solo les queda seguir, resistir, no fallarles a los compañeros. Además aún recuerdan la sensación de defender, fuertes y optimistas, una causa justa. Hace mucho que se conocen, juntos han pasado por trances de vida o muerte, se han dado ánimo y consuelo, no hay motivos para suponer que les agobie la convivencia en la estrecha vivienda (dos habitaciones con corredor, baño, una especie de lavadero). Ana María y José militan en la misma célula, Gisi pertenece a otra. Ella sale

la mañana del 8 de abril de 1977 porque en el distrito de Las Heras, al norte de la ciudad, hay una reunión clandestina de su grupo y debe participar. Poco después, también los otros dos dejan el apartamento, ubicado en la planta baja. No bien salen del edificio advierten un comando paramilitar que se dispone a acordonar la calle: hombres vestidos de civil pero armados, en tres o cuatro vehículos, furgonetas, autos Ford Falcon. José y Ana María rozan sus manos como casualmente, luego echan a correr por la vereda: Ana María hacia la izquierda, José hacia la derecha. Los hombres han sido tomados por sorpresa, un instante están indecisos, quién persigue o le cierra el paso a quién. Hasta que salen tras ellos pasan seis, ocho segundos. José oye un silbido de disparos, a su lado estalla el parabrisas trasero de un coche estacionado, él baja a toda velocidad por la primera transversal, aventaja a una anciana, un carrito, un vendedor de frutas que desaparece como el rayo en la entrada de un edificio. Cambia de acera oculto tras un camión, otra vez una esquina, enfrente una parada de colectivo, justo arranca uno. José sube de un salto y se deja caer, respirando con agitación, en el asiento detrás del conductor.

Logra escapar, está ilesa, evita calles acordonadas, encuentra cobijo en alguna parte por unas horas, por una noche o dos. Después, con ayuda o sin ella, logra salir de la ciudad, se oculta en el monte. Dos meses más tarde hace llegar un mensaje a los padres de Gisi, pregunta si podrían ayudarlo. Willi y Helga lo recogen y llevan, en el baúl de su auto, a casa de ellos, donde en cualquier momento podría caer la policía. Días después le consiguen donde quedarse, una apartada fábrica de ladrillos, allí vive el hermano de un dirigente sindical llamado Daniel Romero. Al año siguiente los militares darán con su paradero y se lo llevarán junto con su empleador y el hermano de éste. Ninguno de ellos volverá a ser visto.

Ana María llega hasta la calle Joaquín V. González, en cuyo número 163 se alza la iglesia Nuestra Señora de Fátima. En su desesperación busca refugio allí, sube a toda carrera los escalones hacia la puerta, la salpica el hormigón que salta bajo una ráfaga de disparos, de pronto un golpe poderoso en su espalda, Ana María se tambalea y desploma más allá del umbral, ya dentro de la iglesia, donde el cura prepara la misa vespertina. En lugar de socorrer a la mujer herida que desde el piso de piedra le suplica que cierre la puerta, él sale y llama a los perseguidores con un gesto.

Aguarda gran concurrencia de fieles este día, en el que murió Jesucristo y ha de morir Ana María, ya en el lugar de los hechos, ya durante su traslado, ya en una mazmorra, bajo el alias de Graciela Beatriz Luján, a causa de «anemia severa provocada por hemorragia aguda», según diagnóstico del médico militar Dr. Alcides Alberto Cichero, quien certifica que el deceso se produjo a las 20,30 horas.

Heidi, la hermana mayor de Gisi, ve por televisión entre las seis y las ocho de la noche el boletín informativo con los últimos éxitos de las fuerzas del orden: «Una mujer de presumiblemente veinticinco años de edad fue abatida por integrantes de los órganos de seguridad en un tiroteo que se produjo durante un allanamiento en el Departamento de Godoy Cruz. La vivienda habría servido como centro clandestino de operaciones de los sediciosos. En la misma se hallaron armas e impresos subversivos». La cámara hace un paneo sobre muebles destruidos y ropa desparramada por el suelo, Heidi mira fijo la pantalla, escucha la voz machacona del locutor, se resiste a la certeza de que ese sea el apartamento donde se ocultaba Gisi. Da aviso a sus padres.

3

Helga Markstein nació en domingo. En las memorias que escribió hace un par de años para sus nietos menciona, antes que nada, las circunstancias que rodearon su nacimiento. El caluroso día de verano en Stadlau, a las afueras de Viena, en la urbanización de Neu-Strassäcker, sobre la orilla izquierda del Danubio; las primeras contracciones de su madre aquella mañana del 29 de junio de 1930, la alegría y al mismo tiempo la decepción entre los parientes invitados a almorzar, porque ese mediodía Fanny Markstein, en vez de servirles escalopes, ensalada de papas y, de postre, cerezas en almíbar, estaba en un hospital municipal por segunda vez de parto, dando a luz a una beba rubia y de ojos azules. Así la había pedido Heinz, el hermano de Helga, y para su llegada había dejado noche tras noche un terrón de azúcar en la ventana, cebo para la cigüeña que en aquel entonces todavía traía la bendición de los hijos. El bloque de viviendas de paredes encaladas, con cocina y sala de estar en la planta baja, el dormitorio de los padres y dos cuartos para los hijos bajo el tejado, al final de una escalera empinada; en el fondo una huerta con frutales, arbustos, canteros con legumbres, en la que Helga jugaba con Peter, su primo del alma; el padre, prudente y comprensivo, que entre semana salía de casa muy temprano para regresar recién al anochecer y ser recibido con gran alboroto por la pequeña hija.

Rudolf Markstein trabajaba en la sección contable de dos periódicos de izquierda liberal, *Die Stunde* y el *Neuer Wiener Tag*, y jamás ocultó sus ideas socialistas. El levantamiento obrero de febrero de 1934 lo sorprendió en la oficina, en el centro de Viena, y recién cuando amainaron los enfrentamientos, tras la derrota de sus compañeros, pudo irse a casa, donde habrían de detenerlo días después: un vecino envidioso había escondido un fusil bajo el compost de la familia Markstein con la intención de que la

policía lo hallara en el registro domiciliario. Y así ocurrió. Regía entonces la ley marcial y por tenencia ilegal de armas correspondía la pena máxima, pero Rudolf Markstein contaba con buena reputación y con algunos amigos, incluso influyentes, que atestiguaron su inocencia. Hasta en la urbanización hubo disparos, Fanny Markstein se arrojó al suelo con los niños para que no les dieran las balas, perdidas o no, de los soldados, luego buscó refugio donde unos conocidos en una localidad más allá de los límites de la ciudad. Helga no sintió miedo, solo extrañaba a su padre. Estando él presente, nadie podía hacerles daño. Ya entonces él quería marcharse, emigrar con la familia a Australia, pero la madre se oponía.

Ahora sí se acabó la libertad, por mucho tiempo, y los nazis siguen creciendo, mira lo que está pasando en Alemania.

Anda, no será para tanto.

Cuando en marzo de 1938 las tropas alemanas invadieron Austria, los adultos pasaban mudos y abatidos pegados a la radio. Helga no sabía por qué tenían esas caras serias, pero comprendió que los acechaba un peligro. ¿Tendrán que irse nuestros papás a la guerra?, le preguntó a su prima. Susi negó con la cabeza, eso la dejó tranquila. Pero en junio, pocos días antes de su octavo cumpleaños, vinieron unos hombres y se llevaron a los hermanos Markstein. La noche siguiente llegaron, desde la calle, gritos y risotadas groseras, luego un resuello y un raspado contra la pared exterior de la casa. Un nazi borracho trepaba por la espaldera de hiedra, queriendo subir a la ventana del dormitorio, para darle su buen susto a la judía Markstein. Pero un travesaño cedió bajo su peso y se fue abajo, asido de dos zarcillos, y terminó en el huerto. Un vecino, alarmado por los gritos de socorro de la madre de Helga, corrió al intruso con una horquilla.

No hubo muchos en la urbanización que siguieran siendo serviciales y amables; la mayoría comenzó a evitar a la familia, los dejaron de saludar, o lamentaban a viva voz que Stadlau no estuviese todavía «limpio de judíos». El cartero les dejaba en la puerta del jardín correo proveniente de Dachau, más tarde de Buchenwald: Estoy bien, también de salud. Después, de un día para otro, los obligaron a abandonar la casa. Una tía abuela los acogió en su apartamento en el barrio de Döbling, cerca de Hohe Warte. A partir de septiembre, Helga y su primo fueron obligados a seguir las clases en una escuela primaria que las autoridades habían desocupado para destino

exclusivo de niños judíos. Se hacinaban en grupos enormes, en condiciones que imposibilitaban el dictado regular de clases. Delante de la escuela solían merodear adolescentes nazis que aprovechaban cualquier oportunidad para propinar una paliza a alguno de los niños. Helga lo sabía y se cuidaba, pero una vez la cercaron, la sujetaron y empujaron contra una pared. Por suerte lo vio un hombre de overol azul que apartó a empellones a los muchachos y prometió darles cuatro bofetadas si no la dejaban inmediatamente en paz. A Helga le temblaban las rodillas cuando llegó a casa. Pero el incidente no la disuadió de salir a callejear con Peter cada vez que podían; admiraban las mansiones señoriales con sus fachadas ricamente ornamentadas, los muchos automóviles y vehículos tirados por caballos, y, en los escaparates de una juguetería, las máquinas de vapor, los juegos de armar, las casas de muñecas. Los adultos, entre tanto, hacían cola ante los consulados esperando conseguir una visa para todos, también para los dos hombres presos en el campo de concentración. Por fin, gracias a las gestiones de un pariente de Buenos Aires propietario de tierras en Bolivia, que acudió a las autoridades de ese último país, obtuvieron el «permiso de salida única» del Reich Alemán. En enero de 1939 el padre y el tío de Helga dejaron Buchenwald, y justo al año preciso de la ocupación de Austria por los alemanes, la familia Markstein tomaba a primera hora del amanecer, en la vienesa Estación del Oeste, el tren con destino a Hamburgo. Semanas después arribaron exhaustos y sin recursos a La Paz.

4

Helga y Willi vieron a Gisi por última vez el 3 de abril de 1977, Domingo de Ramos, que pasaron juntos en El Challao, un concurrido lugar de excursiones al pie de la montaña, a unos ocho kilómetros de la ciudad. Hacia las siete de la tarde regresaron a Mendoza y dejaron a Gisi cerca del apartamento de Godoy Cruz. Antes de bajar del auto, ella y su madre combinaron para verse el domingo siguiente. Solían encontrarse en una parada sobre el transitado Paso de los Andes esquina con Armani. Allí Helga hacía como si esperara un colectivo, minutos después llegaba Gisi y pasaba frente a ella, y ella luego la seguía, por lo general hasta una confitería donde conversar tranquilas y sin peligro de ser escuchadas. Pero el Domingo de Pascua Helga esperó en vano a su hija, y lo mismo una semana más tarde. Para entonces sabía que los militares habían sido informados sobre el lugar y la hora de la reunión en Las Heras, que habían acechado a los diez o doce montoneros, los habían reducido, uno a uno o conjuntamente, y se los habían llevado.

No obstante, Helga y Willi creían que, por esas cosas del azar, Gisi se había salvado, y no les faltaban motivos. En primer lugar, notaban que su casa en la calle Coronel Díaz seguía siendo vigilada. Ya antes habían advertido, noche tras noche y a veces también de día, la presencia de un auto estacionado al otro lado de la calle, con dos hombres en los asientos delanteros que, al parecer, tenían a Gisi en el punto de mira. Si ella efectivamente hubiese caído, ya no habría razón para que siguieran espiando la casa.

En segundo lugar, hacia fin de mes un ex compañero de clase de Gisi, alumno como ella de la Escuela Técnica Química, fue al consultorio de Willi para, según afirmó, aligerar su conciencia.

Yo sabía lo que iba a pasar. Que iban a agarrar a Gisi. Pero no hice nada para impedirlo.

Willi no supo muy bien cómo reaccionar ante la inesperada confesión y solo hizo un vago gesto con la mano, como restándole importancia. Pero en realidad hubiese querido preguntarle unas cuantas cosas. ¿Quién te dijo que Gisi estaba en peligro? ¿Cómo la habrías podido ayudar? ¿Y por qué me das a entender que habría estado en tus manos ayudarla? Quizá el muchacho quería sondarla. Quizá esperaba que Willi dijera no tienes nada que reprocharte, nuestra hija se encuentra bien. Entonces, el muchacho habría tenido razones para suponer que Gisi todavía estaba en contacto con ellos. Quién sabe si no lo mandó alguien con el propósito de dar con la prófuga.

Había todavía un tercer indicio de que Gisi aún no había sido capturada. Días antes o después de la visita del ex compañero de clase, otro joven, también un conocido o compañero de estudios, detuvo a Willi por la calle.

Guillermo, imagínese, anteayer vi a Gisela, sí, en uno de los viñedos de las afueras.

¿Estás seguro?

Totalmente.

¿Hablaste con ella?

No hubo oportunidad, él iba acompañado y no quiso ponerlos en peligro ni a ella ni a sí mismo.

Pero era Gisela, ¡la reconocí enseguida!

Willi y Helga conocían al muchacho como persona seria y de confianza que, sin duda alguna, no tenía intención de engañarlos. Pero cabe pensar que se equivocó. O que Gisi fue capturada recién después, a comienzos de mayo. En cualquier caso, no hubo más señales de vida de su hija, quien habría hecho todo lo posible por mandar un mensaje a sus padres, en esto nunca les había fallado. Hoy Helga está convencida de que Gisi cayó en manos de los militares el 8 de abril, cuando la reunión de su grupo, o, a más tardar, a comienzos de mayo. Pero en aquel entonces tanto ella como Willi abrigaban la esperanza de volver a verla. Por eso vacilaron mucho antes de interponer en el juzgado un recurso de hábeas corpus denunciando la desaparición de su hija, recurso que, por supuesto, fue desestimado. Hasta

ese momento creían que, de hallarse Gisi aún en libertad, al denunciarla como desaparecida solo la perjudicarían.

Una vez, todavía en el año 1977, una conocida les contó que la había visto en Maipú, en una farmacia. Que Gisela entró, presentó una receta, recibió el medicamento y volvió a salir.

Así fue, se lo juro por lo más sagrado.

Otra vez, cinco o seis años más tarde, se les acercó, muy agitada, una enfermera que trabajaba con ellos en un proyecto asistencial en una villa miseria en Rivadavia. Abrazó a Helga y le dijo en susurros: Les tengo una gran noticia, no lo van a creer. Y era que había escuchado en el Hospital Central de Mendoza a dos médicos que conversaban sobre los muchos desaparecidos de la dictadura y la dolorosa incertidumbre en que vivían sus familias; entonces ella les había dicho tengo dos buenos amigos, la hija de ellos también está desaparecida, a lo cual uno de los médicos le preguntó cómo se llaman, y ella respondió Tenenbaum. Ah, claro, dijo él, por supuesto, los padres de Gisela.

Diles que no se preocupen. Gisela está a salvo.

Qué, ¿está viva?

Claro. Primero estuvo oculta en el sur, después la llevaron a Cuba, yo mismo ayudé a sacarla del país, y ahora está en Suiza. En cuanto le sea posible, se va a poner en contacto con sus padres.

Cuando, tras mucho buscar al médico y una serie de evasivas de su parte -que no tenía tiempo, que justo estaba con mucho trabajo, no, mañana tampoco podía ser, y después salía de viaje por algunas semanas-, Helga lo tuvo enfrente para pedirle explicaciones, el hombre negó haber dicho nada sobre Gisi. Que él ni la conocía, que eran puros inventos de Margarita, la enfermera. Helga insistió, entonces se puso grosero.

Déjeme en paz, salga inmediatamente de acá, o la mando internar en el psiquiátrico. Usted está loca.

La acusación no la tomó por sorpresa, al fin y al cabo durante el régimen militar trataron de locas a las mujeres que exigían que se esclareciera el destino de sus hijos desaparecidos. Helga no se movió de su sitio, lo miró fijo a los ojos y le preguntó si no le daba vergüenza andar largando mentiras. Él le aguantó la mirada unos segundos, se dio media vuelta sin decir nada y salió corriendo.

Y la verdad es que desde entonces abandonamos toda esperanza, dice Helga, y Willi, sentado a su lado, guarda silencio.

5

Bolivia no ofrecía mucho para que los refugiados se sintieran como en casa. Era un país pobre con una docena de propietarios mineros inmensamente ricos, dos millones y medio de indios obligados a trabajar sus tierras ancestrales en calidad de siervos y un millón y medio de cholos obsesionados por distinguirse de estos últimos en la vestimenta, las costumbres y la reputación. Por necesidad o por recelo, ambos grupos mayoritarios evitaban mezclarse y no mostraban interés alguno en tratar con los inmigrantes europeos. Además, aparte de la dificultad para comunicarse en español, los recién llegados tenían en su mayoría profesiones u oficios prescindibles en La Paz. Pese a ello, con el tiempo casi todos alcanzaron un mediano pasar. No así la familia de Helga. Los Markstein no conseguían sacudirse la precariedad económica, pese a ser gente trabajadora y creativa, capaz de adaptarse a situaciones nuevas y habilidosa para muchos menesteres, salvo para hacer dinero. Primero arrendaron un terreno en las afueras de La Paz donde cultivaron verduras, pero lo que ganaban no alcanzaba para el sustento. Después, probaron suerte con la finca Elma, un parador para excursionistas. El restaurante estaba sobre una colina, lo rodeaba un paisaje de arena y piedra, cuatro eucaliptos mustios y cactus polvorrientos.

Todas las mujeres de la familia, no solo la madre de Helga, eran excelentes cocineras y servían raciones abundantes, y así no tardaron en hacer clientela entre los exiliados de la Federación de Austríacos Libres, quienes llegaron a celebrar allí una fiesta con atracciones al estilo del Prater vienes, como un mago que sacaba conejitos de la galera, una vidente con velo que sabía responder a todas las preguntas, una comedianta titulada *El asesino sádico* y canciones de la patria lejana, que todos entonaron a coro

antes de que una pequeña banda aportase la música para el baile. Los domingos era necesario que los niños de la familia colaboraran sirviendo las mesas, lavando platos y apostándose en la puerta para impedir que alguien se marchara sin pagar. Dado que los precios apenas cubrían los costos, al poco tiempo no tuvieron más remedio que dejar el negocio. La madre de Helga alquiló una habitación en el centro de La Paz, donde los fines de semana ayudaba en la cocina de un restaurante. Rudolf Markstein consiguió empleo como supervisor de mozos en el selecto Hotel Sucre, y Heinz, quien había empezado a aprender el oficio de electricista en cuanto llegó a Bolivia, entró a trabajar en una empresa de exportaciones sin mayor entusiasmo, porque lo suyo eran la literatura y la historia y, con toda su alma, hubiera querido ir a la universidad. Pero para eso no había dinero. Helga asistía a una escuela primaria que los exiliados alemanes y austriacos fundaron para sus hijos porque las escuelas públicas eran sucias y malas, y las privadas, caras. Mucho no aprendió; los maestros, salvo pocas excepciones, no tenían la menor experiencia pedagógica, y los alumnos eran en su mayoría niños inquietos y más o menos perturbados por lo vivido antes y después de la expulsión de su país. En las aulas el jaleo era continuo y, en realidad, nadie se ocupaba de ellos.

A los doce años Helga comenzó a aprender el oficio de sombrerera. Deseaba aliviar cuanto antes el bolsillo de sus padres. Todo lo que le enseñó su patrón, un inmigrante alemán por demás tacaño, fue a enderezar con un martillo los alfileres chuecos. Cierta vez a ella se le rompió un vaso, él perdió los estribos y empezó a insultarla, entonces Helga, sin decir palabra, se marchó para siempre. Después el hombre intentó hacerla cambiar de opinión, pero para entonces ella había conseguido otro trabajo. De noche asistía a un curso de secretariado que incluía contabilidad, dactilografía y correspondencia comercial. Una chica del barrio que había vivido unos años en Gran Bretaña le enseñó nociones básicas de inglés, que ella profundizó con asiduas lecturas y consultas del diccionario. En especial le gustaron entonces las novelas de John Steinbeck.

Trabajaba ya como secretaria de una empresa importadora cuando por La Paz se propagó la noticia de que la Segunda Guerra Mundial había acabado. ¡Alemania había sido derrotada! Salió como todos los empleados corriendo a la calle, donde se abrazaron, radiantes de alegría.

6

También en Mendoza hubo mujeres valientes que reclamaron públicamente la verdad sobre el paradero de sus familiares desaparecidos. Como las Madres de Plaza de Mayo en Buenos Aires, se reunían los jueves en la Plaza San Martín para circular junto al monumento al Libertador. Llevaban un pañuelo blanco en la cabeza, y en las manos pancartas con el nombre y el retrato de sus hijos. Los primeros tiempos, los efectivos de seguridad las golpeaban, las detenían o las dispersaban, y no faltaron transeúntes que las insultaran: Locas; pero con el tiempo su presencia fue tolerada. Helga se les unió en 1981, cuatro años después de la desaparición de Gisi y un año antes de la guerra por las islas Malvinas que la Junta Militar, sobreestimando sus fuerzas y esperando el apoyo de los Estados Unidos, inició con el propósito de enardecer los sentimientos nacionalistas de los argentinos y distraerlos así del impacto social de la crisis económica. Pero la humillante derrota ante la Marina Británica precipitó el fin de la dictadura. Tras una serie de huelgas y manifestaciones multitudinarias Reynaldo Bignone, el último presidente de facto, anunció elecciones democráticas, de las que en octubre de 1983 resultó vencedor Raúl Alfonsín, el candidato del Partido Cívico Radical. Durante su mandato se juzgó y se condenó a los comandantes en jefe de las tres Armas, pero dos leyes de indulto limitaron drásticamente la posibilidad de ulteriores acciones judiciales.

Ya antes de la asunción del nuevo presidente fueron excarcelados los presos políticos. Se trataba de opositores de izquierda detenidos con anterioridad al Golpe, durante el gobierno de María Estela Martínez, viuda de Perón. Los habían torturado y les habían impuesto penas draconianas en juicios irregulares instruidos por tribunales castrenses, además las

condiciones de su reclusión habían sido terribles, pero al menos no los habían matado, y el régimen nunca negó que se hallaran en su poder.

Uno de aquellos excarcelados, Daniel Ubertone, contó a Helga y Willi que el fiscal, un vice-comodoro de la fuerza aérea, le había dicho a los gritos, durante el alegato, que admitiese de una vez que había estado volanteando, que de nada le servía negarlo porque ellos conocían todos los detalles de la actividad; tenían a Gisela Tenenbaum en su poder, quien así lo había confesado hacía tiempo.

Muy probable, incluso seguro, que fuese una mera trampa del fiscal. De todos modos la noticia nos infundió nuevos ánimos, dice Helga.

Imaginaron que los militares, siguiendo el ejemplo de los nazis, habrían deportado a los desaparecidos a campos de concentración, y pensaron que la comisión investigadora creada por el gobierno de Alfonsín sabría informarles del lugar al que había ido a parar su hija.

Nos decíamos no pueden haberlos asesinado a todos. Eso es imposible. Por lo menos algunos cientos tienen que haber sobrevivido. Dónde están pues las prisiones secretas en que los encerraron. Que nos digan dónde, nosotros vamos a sacarla.

La esperanza se fue esfumando a medida que iba sabiéndose más sobre las dimensiones de la represión y el funcionamiento de los centros clandestinos de tortura. Dado que a los mandos militares inferiores se les concedió haber actuado «por obediencia debida», estos dejaron de estar obligados a declarar ante la Justicia, por lo cual en la mayoría de los casos nunca se supo qué pasó con los desaparecidos. Por su parte, los jueces de instrucción no manifestaban la menor prisa cuando se trataba de atender demandas por violación de derechos humanos. Bajo el gobierno de Carlos Menem, sucesor de Alfonsín, se llegó a indultar, «en aras de la pacificación nacional», a los militares antes condenados. Recién en junio de 2005 la Corte Suprema de Justicia declaró inconstitucionales las leyes de amnistía respecto a delitos cometidos bajo la dictadura. El Juzgado Federal nº 1 de Mendoza sigue sin considerar hasta hoy una denuncia del Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos por privación de libertad, secuestro y homicidio de quince miembros de la Juventud Peronista o Grupo Montoneros, entre ellos Gisela Tenenbaum.

Durante un viaje por Europa en el año 2003, Helga y Willi leyeron en un periódico español que en San Vicente, Provincia de Córdoba, habían abierto por primera vez una fosa común de la época de la dictadura militar. De regreso en Argentina, les indicaron que se dirigieran en Buenos Aires al Equipo Argentino de Antropólogos Forenses, una organización de derechos humanos independiente que trabajaba en la identificación de los cadáveres. Allí les dijeron que los muertos de San Vicente habían sido enterrados ya en 1976, pero ellos pidieron que les tomaran una muestra de sangre para pruebas de ADN, por si se encontraban más cadáveres, y dejaron una descripción física de su hija: un metro setenta de altura, de complexión delgada pero ancha de hombros, ojos azules, cabello rubio, dentadura completa.

¿Y si aún estuviera viva?

Durante mucho tiempo su hermana mayor no podía deshacerse de la idea de que Gisi, por la tortura, hubiera perdido su identidad. Que se hubiera vuelto esquizofrénica y no supiera quién era ni cómo se llamaba ni de dónde venía. Que entonces la hubieran soltado, tal vez sacado del país. Gisi vive, no se sabe dónde, no se sabe cómo, con otro nombre, sin recordar, sin saber que existe algo como la memoria.

7

Los padres de Gisi se conocieron en Buenos Aires, donde Helga había encontrado trabajo como secretaria poco después de su llegada a Argentina en noviembre de 1946. Su hermano Heinz había entrado al país un año antes de forma clandestina y procurado los servicios de un abogado que les consiguió identidades falsas a él, a Helga y a sus padres. Según los nuevos documentos, Helga había nacido ya en 1929 como hija de inmigrantes checos, que la anotaron en el Registro civil con el nombre de Olga.

Heinz la introdujo en un círculo de personas jóvenes que habían huido junto con sus padres de Viena y que en Argentina no habían escatimado esfuerzos en denunciar públicamente el atropello de la ocupación de Austria. Apoyaban la lucha de los Aliados con recursos económicos y propagandísticos, organizando actos de beneficencia y enviando paquetes con víveres, y pensaban establecerse de nuevo en su patria una vez acabada la guerra. Las noticias sobre la suerte corrida por sus familiares en los campos de exterminio nacionalsocialistas hicieron que muchos de ellos cambiaron de parecer; además, se habían acostumbrado a Argentina y dudaban si podrían rehacer sus vidas en la devastada Europa. La mayoría de los exiliados deseaba que tanto acá como allá se impusiese el socialismo que, según entonces aún creían, se había hecho realidad en la Unión soviética. No veían con buenos ojos al general Juan Domingo Perón, rápidamente convertido en el hombre fuerte del país después del golpe militar de junio de 1943 y de salir vencedor en las elecciones presidenciales de febrero de 1946. Lo consideraban un fascista y un demagogo empeñado en disimular el poder del capital mediante reformas sociales y económicas. Tampoco confraternizaban con el nuevo proletariado nacido a consecuencia del éxodo rural, si bien lo juzgaban capaz de realizar las transformaciones

sociales también por ellos añoradas. Se trataba de una clase con mentalidad nacionalista, a la cual socialistas y comunistas infundían desazón, cuando no la misma hostilidad que a su caudillo.

Además de actividades políticas y culturales, esos jóvenes austriacos compartían los fines de semana jornadas deportivas en un club de remeros sobre el delta del Tigre. Allí, un domingo a comienzos de 1947, Helga y Willi fueron presentados el uno al otro. Aparentemente el interés mutuo fue más bien discreto, pues no volvieron a encontrarse sino tres años más tarde, en mayo de 1950, con ocasión de una fiesta familiar. Esta vez la atracción fue rápida y consistente. Bailaron juntos toda la noche sin poder dejar de mirarse a los ojos, acordaron una cita para el día siguiente, al otro se dieron los primeros besos y no se ocultaron que habían encontrado su gran amor. Un mes después anunciaron su compromiso, y el 10 de febrero de 1951 se celebró la boda.

Willi y su madre, Laura, vivían desde 1938 en Buenos Aires, los primeros tiempos en un conventillo en Palermo. Willi había crecido sin padre en el barrio obrero vienes de Ottakring, en un bloque de viviendas económicas cerca del Brunnenmarkt; tempranamente había adquirido la dudosa capacidad de borrar de su memoria los recuerdos dolorosos, amén de los escenarios a estos ligados, razón por la cual apenas conservaba imágenes de Viena y de las circunstancias de la fuga a Argentina. En Buenos Aires empezó a trabajar con un joyero mientras asistía a cursos nocturnos en una academia técnica. Logrado el título, no le fue difícil conseguir empleo como técnico constructor. La joven pareja soñaba con una casita enjardinada en uno de los suburbios, y efectivamente adquirió un terreno en Caseros, cerca de la línea ferroviaria Pacífico; pero entonces Willi se cruzó con un viejo amigo que hacía tiempo no veía. El hombre, de profesión químico, vivía entre tanto en Mendoza, y le habló con entusiasmo de la apacible vida en esa ciudad de provincias situada al pie de los Andes, de las bellezas del paisaje y del clima tan benigno, además de revelarle que pensaba abrir allá un laboratorio, porque acababa de desarrollar un nuevo tipo de gas refrigerante para heladeras. Que con eso se podían ganar fortunas. ¿Willi y su joven esposa no querían participar? Entre los tres reunirían fácilmente el dinero necesario para las inversiones, y él justamente andaba buscando socios preparados y solventes para las tareas

de administración y distribución. Willi, aunque no entendía nada del asunto, quedó prendado de la idea. Siempre había deseado vivir en un entorno rural, alejado del ajetreo de la gran ciudad, y Helga, por su parte, estaba acostumbrada a cambiar cada pocos años de domicilio. Así que redujeron sus gastos al mínimo, vendieron el terreno y, mes a mes, enviaron dinero a Mendoza. El proyecto avanza a buen ritmo, escribía el hombre, pero que era aconsejable que no se precipitaran, que permanecieran todavía en la capital. Que él les comunicaría a su debido momento cuándo sería oportuno que se trasladaran. Sin embargo, al cabo de un año nada pudo retenerlos más tiempo en Buenos Aires. Renunciaron a sus empleos, hicieron las maletas, vendieron cuanto les pareció prescindible, y el 2 de noviembre de 1952 se tomaron el tren. Al día siguiente arribaron a Mendoza. Brillaba el sol, no había una sola nube en el cielo, y al oeste se elevaban, poderosas, casi irreales, las cumbres nevadas de los Andes.

Aunque habían telegrafiado al socio la hora de su llegada, tuvieron que sacarlo de la cama a puro timbrazo. Avergonzado pero sin rodeos, el hombre les confesó que desde un principio los había engañado. Él no había inventado ningún gas refrigerante ni alquilado laboratorio alguno. Ni siquiera había trabajado regularmente en nada, sino que había estado viviendo de sacarles dinero con promesas falsas a personas crédulas como ellos, dinero que luego gastaba en el casino de la ciudad. Helga y Willi se abstuvieron de denunciarlo. Sus ahorros se habían esfumado, de qué les servía mandarlo tras las rejas. Ya que estaban en Mendoza y la ciudad les gustó, decidieron probar suerte en ella. Encontraron una habitación barata, se alimentaron de tomates, pan y uvas, y salieron a recorrer tiendas de delicatessen y confiterías como representantes de una nueva marca de cacao. Varias semanas después, en un control médico de rutina realizado en el hospital, Helga supo que estaba embarazada de tres meses. Se sintió feliz. Willi, en cambio, quedó sumamente preocupado. Si a duras penas les alcanzaba para dos, ¿cómo daría para tres? Además, les faltaba experiencia en el trato con niños, Helga había sido la menor de su familia y Willi no recordaba haber tenido jamás a un bebé en brazos. Poco a poco, sin embargo, las preocupaciones de Willi sobre cómo y de qué vivirían se fueron revelando infundadas; la propietaria de una droguería buscaba un empleado de confianza y se decidió por él, prometiéndoles incluso para

después del parto dos habitaciones en el fondo del antiguo caserón, sin ducha pero con un gran patio y un lindo emparrado.

El 15 de junio de 1953 Helga dio a luz a una niña sana a la que puso por nombre Heidi, inspirándose en la heroína de aquella novela de Johanna Spyri que había leído a los diez años. Contra los temores de Willi, no tardaron en manejarse muy bien con la bebé, y cuando se les planteaba alguna duda, seguían los consejos de *Dr. Spock's Baby and Child Care*, un moderno manual para padres proveniente de los Estados Unidos, regalo de Trixi, la prima de Helga. Heidi fue una niña alegre y afectuosa, dormía toda la noche y rara vez lloraba, motivo por el cual Helga pronto sintió ganas de lanzarse a otra cosa. Las circunstancias la habían obligado a trabajar desde muy joven, y ahora quería seguir una carrera. Algo que fuera útil para los demás, de preferencia Medicina. Willi la apoyó en su decisión. Pero para ser admitida en la universidad tenía que cursar antes la secundaria, y para ello le faltaba el último grado obligatorio de la primaria. Lo aprobó en calidad de libre en un mes, junto con chicas de once y doce años. Cuando, después del último examen, salió al patio de la escuela, vio a Willi, que esperaba junto a los padres de las alumnas, y delante de él, el cochecito, y dentro de este, a Heidi. Resultó que él, contagiado por el entusiasmo de Helga, decidió estudiar Medicina como ella. Se inscribieron juntos para cursar la secundaria. En diciembre de 1954 rindieron los exámenes correspondientes al primer año. Cinco semanas después, el 4 de febrero de 1955, nació Gisi.

8

Primero fue la esperanza. También estaba el dolor, desde el principio. La esperanza pasó, el dolor formó costra. Y después surgió un sentimiento nuevo. Se mostraba de manera encubierta, permaneciendo indefinible durante mucho tiempo: ¿era fastidio o agotamiento, o incapacidad para aceptar lo sucedido? Eso también, pero había más. Rabia. (¿O debería decir «bronca», o sea: rabia mezclada con odio, impotencia y humillación, además de la certeza de que los esfuerzos de Gisi fueron inútiles?) Ella, Heidi, hace un par de días nomás escuchó, de boca de una amiga de su hermana, un comentario que le partió el corazón. Lo que más me duele de tu hermana es pensar que todo fue al pedo. Que tu hermana se tomara todo aquello realmente en serio. Que se lo creyera hasta el último momento. Lo del pueblo, la revolución, los tiempos mejores. Bronca, porque Gisi se expuso voluntariamente al peligro, porque sobreestimó sus fuerzas, porque fue demasiado orgullosa para retirarse a tiempo, porque rechazó que la ayudaran, porque estaba convencida de hacer lo correcto. Pero el llamado pueblo no quería saber nada de los objetivos que ellos perseguían. Tampoco le iba tan mal al pueblo, comparado con la situación actual. Quería que lo dejaran en paz. Estaba con aquellos que le prometían un crédito para la vivienda, un aumento de sueldo, un televisor, un auto usado. Estaba con los otros, encargados de imponer el orden para que aquellos pudieran hacer tranquilamente sus negocios. ¡Basta ya de huelgas y manifestaciones, basta ya de atentados y secuestros! Televisión en vez de sublevación. Fútbol hasta el embrutecimiento.

Bronca, justamente por la terquedad de Gisi, por su insensatez, su confianza, porque el hecho de que esté desaparecida sigue marcando la vida de todos ellos y Gisi no lo tuvo en cuenta. Nada es como antes. Año Nuevo,

cumpleaños, aniversarios de boda, medallas de honor, cualquier distinción, cualquier motivo especial para alegrarse con toda la familia: siempre falta alguien, siempre está empañada la alegría. La muerte temprana por accidente o enfermedad grave se podría superar. Con el tiempo uno acabaría resignándose incluso si hubiese sido víctima de un delito común con desenlace fatal. Por supuesto fue asesinada, sería absurdo ponerlo en duda. Pero su cuerpo, o lo que de él quedó, no se ha encontrado hasta el día de hoy. Cómo hacer duelo por una hermana, una hija, una tía, tía abuela a estas alturas, que se fue y sin embargo sigue ahí. Nadie en la familia ha podido superar esta situación, cada uno reacciona distinto. Ella, Heidi, por ejemplo, advirtió que confundía a sus dos hermanas, un mecanismo de defensa, qué otra cosa si no; durante años en sus sueños las dos se le aparecían como una sola persona, como si no hubiese tenido más que una hermana. Mientras ella estaba despierta, Gisi seguía presente para ella, única, inconfundible, pura. Pero a nivel inconsciente se desdibujaba, se convertía en Mónica, por lo cual ella, Heidi, tenía que estarse cerciorando continuamente: ¿existió alguna vez Gisela Tenenbaum, mi hermana? ¿Es cierto lo que recuerdo? ¿Quién es aquella nena de ocho meses y rulos rubios que veo sentada en el corralito de madera que mis padres compraron para mí porque yo era muy inquieta y me escapaba en cuanto ellos se descuidaban? Estoy de dos años y medio frente a ella, acuclillada en el piso de tierra del patio, de este lado de los barrotes, entre los que mi mano va y viene para quitarle el pato de juguete, la muñeca, los cubos, muy lentamente, uno a uno, y ella está sentada frente a mí, pero del otro lado y con bronca porque no puede evitarlo.

Esta imagen es el primer recuerdo que tiene de Gisi.

El último es del año 1976, cuando Paola, la hija mayor de Heidi, tenía tres meses. Paola nació en mayo, el 19, así que tiene que haber sido en invierno, a mitad de agosto. Heidi y Óscar, su esposo Óscar Mussuto, vivían entonces en el Barrio Cano, en un apartamento que les había dejado la madre de Helga. Óscar no estaba en casa y Gisi lo sabía, de lo contrario no habría venido, porque él no la dejaría entrar. Estaba casi irreconocible: se había teñido el pelo de negro y lo tenía bastante corto. Esa fue la primera y única vez que vio a su sobrina, y le llevó un regalo, un osito de peluche rojo que Paola conserva hasta el día de hoy. Llamaba a Paola por su otro

nombre, Verónica. Porque la hija de Heidi tiene dos nombres: Verónica Paola. Después del nacimiento Heidi insistió en que Paola se llamara Verónica, y Óscar, en que Verónica se llamara Paola, y ninguno quería ceder, porque a Heidi el nombre Paola le parecía horrible, mientras que a él le resultaba horrible Verónica, así que pelearon muchísimo por este tema; en general peleaban mucho, a decir verdad todo el tiempo, también por el nombre. La cosa empezó con que Heidi quería a toda costa un hijo varón, y se pusieron de acuerdo en que, si efectivamente era un varón, el nombre podría escogerlo ella, y si era una nena, lo escogería él, pero estaba convencidísima de que sería un varón. Al final tuvo una nena, con lo cual se armó un lío, porque Óscar quiso ponerle Ariadna Paola, que a Heidi le pareció particularmente horrible, y por eso dijo al menos uno de los dos nombres se lo pongo yo. Total que su hija estuvo dos semanas sin nombre, finalmente él aceptó Verónica pero insistió con Paola, que a ella seguía pareciéndole a contrapelo, por lo que no aflojaba, y él tampoco, y Gisi no estaba al tanto de esa pelea porque en las cartas que Heidi le había escrito la llamaba siempre Verónica, por eso Gisi le dijo Verónica, Vera, Verita a su sobrina, esa vez, la última que Heidi la vio; y después la pelea entre Heidi y Óscar por el nombre siguió como un año más, él: Paola, ella: Verónica; hasta que Mónica, su otra hermana, le dijo a Heidi: Mirá, vos sos la mamá, aflojá, pensá en tu hija, le van a hacer daño con esto del nombre. Mónica justo había leído un libro, la historia de una mujer de nombre Sybil que sufría de trastorno de personalidad múltiple, entre otras cosas porque su padre le había puesto un nombre y su madre, otro; esto pasó de verdad, decía Mónica, por la salud de tu hija, aflojá y decile Paola. Al padre de ellas de por sí le gustaba más Paola, por otro lado uno de los hermanos de Óscar se puso del lado de Heidi. En fin, quedó Paola, un nombre que a Heidi nunca le terminó de gustar, y ahora no sabe a qué venía todo esto... Ah, sí, a que Gisi a Paola la llamó Verónica. Porque cada vez que Heidi le mandaba unas líneas, jamás mencionaba a Paola, siempre Verónica, Vera. Ni idea de por qué Gisi le pidió un peine esa vez, seguramente para peinarse, para qué si no, el caso es que lo del peine no se le ha olvidado. Gisi, distraída, lo guardó en su bolso, había llegado en algún momento esa mañana, se había quedado como dos horas y media o tres, Heidi cree que incluso almorcizaron juntas, después Gisi se fue y ella desde el balcón la busca, ve cómo su hermana atraviesa el jardín delante del edificio (el

apartamento quedaba en un primer piso, un lindo apartamento, todo ese conjunto de edificios era muy bonito, en el césped había incluso un parque infantil con cajón de arena y hamacas), entonces le va a gritar el peine, te olvidaste de devolverme el peine. Pero Heidi piensa bueno, que se lo lleve, qué importa.

Ni por un segundo me pasó por la cabeza que acababa de ver a mi hermana por última vez.

9

Todavía hoy le parece inconcebible que la gente en la calle, incluso conocidos de la familia, las confundieran a ella y a Gisi, o que, cuando Helga o Willi salían con ellas a dar un paseo, al Parque General San Martín por ejemplo, mujeres totalmente extrañas se inclinaran sobre las dos para admirar de cerca a las presuntas mellizas. Porque, salvo el hecho de que los padres las vestían igual, por comodidad o porque así se estilaba entonces, ambas hermanas se distinguieron desde pequeñas una de la otra en el color de los ojos, el color del cabello y el carácter. Heidi era vivaz y sociable, a veces hasta impertinente; Gisi, callada y atenta, y dotada de una gran fuerza de voluntad. Cada vez que Helga le pedía a la mayor que le alcanzara alguna cosa, ya fuera el hilo de coser o el pimentero de la cocina, Heidi gruñía un no puedo, mientras que Gisi se apresuraba a responder ¡yo sí puedo!, y enseguida había acercado una silla al armario o al aparador, se había subido a ella y ya le llevaba a su madre lo pedido. O si en una excursión a las montañas se trataba de cruzar por una pasarela haciendo equilibrio, o si había que sacar la basura a la vereda, y los padres preguntaban quién va primero, quién ayuda, Gisi gritaba: ¡Yo la primera!

Yo soy la segunda, decía Heidi, y comenta que en esas cosas no le importaba serlo. Que la ambición de su hermana en realidad no le molestaba mayormente y más bien le servía para no estar siempre en el centro de atención.

Sí le molestó, en las primeras semanas después de nacer su hermana, que los padres ya no se ocupasen exclusivamente de ella. En particular se sentía abandonada cada vez que Gisi mamaba. En esos precisos momentos exigía que la alzaran en brazos, y si sus berridos no surtían el efecto deseado, se trepaba al regazo de su madre, y del regazo a los hombros, y

desde allí buscaba la manera de subírsele a la cabeza. Helga se defendía con una medida que no figuraba en el manual para padres jóvenes del Dr. Spock: se encaramaba a la mesa con Gisi en brazos, subía una silla, se sentaba como en un trono, desabrochaba su blusa y daba de mamar a la pequeña. Heidi aprovechaba la oportunidad para desaparecer subrepticiamente, ya en el dormitorio de los padres, donde una vez vació un tintero sobre la colcha, ya en la cocina, donde despachó una cacerola con leche chocolatada, o en el patio, donde alguien había olvidado retirar de la pared la escalera para subir al tejado. Cuando Helga se asomó, Heidi ya estaba en el peldaño más alto.

El apartamento quedaba en la calle Buenos Aires, en pleno centro, donde había muchos comercios y talleres pero pocas viviendas. Ello tenía el inconveniente de que no siempre había una vecina a quien confiar a las chicas si Helga tenía que salir por alguna diligencia. Willi no podía ausentarse de la droguería ni un momento, era el único encargado, haciendo de gerente, administrador, encargado de las vidrieras, vendedor y cajero, todo en uno. De modo que Helga se acostumbró a llevar a las chicas consigo a todas partes. Pero en una ocasión tuvo que dejarlas solas media hora, y cuando regresó estaban casi irreconocibles bajo una tempestad de plumas. Heidi había aprovechado su ausencia para explorar las entrañas del edredón.

Cuando Gisi cumplió dos años, las inscribieron en el jardín de infantes del Centro Cultural Israelita. Heidi se sintió como en casa desde el primer día y enseguida se hizo amiga de otros niños. Gisi, por el contrario, no tenía con quién jugar y pasaba las horas llorando sentada en un rincón, según contaba Heidi en casa. Helga dudó si retirar o no a su hija menor del jardín de infantes. Cada mañana le preguntaba ¿no preferís quedarte conmigo? No, decía Gisi negando muy enérgica con la cabeza. Ya no voy a llorar más.

El Centro Cultural Israelita no era un club elitista. Brindaba facilidades a los socios que, como Willi y Helga, andaban justos de plata; no hacía, pese a su nombre, segregación de tipo religioso ni cultural, y solía invitar a estudiosos, intelectuales y artistas a dar charlas. Allí ofreció uno de sus primeros conciertos el cantante Víctor Heredia, quien se haría famoso años después con una canción sobre su hermana desaparecida. Para Willi fue el sitio donde encontrar a personas como él apasionadas por el acontecer

político, y un sustituto del Movimiento por Austria Libre de Buenos Aires. Entre los amigos de ese grupo él había sido uno de los primeros en dejar de hacerse ilusiones sobre el carácter socialista de la Unión Soviética, pero de todas maneras seguía entendiéndose mejor con los comunistas que con nadie; les discutía sus puntos de vista, les compraba *Nuestra palabra*, el órgano del Partido, y estimaba a la mayoría de ellos por su integridad personal, aunque les reprochaba su fe ciega en los lineamientos impuestos por Moscú y también su errada percepción de la sociedad argentina. En su fuero interno también les recriminaba su actitud hacia las capas subalternas de la población argentina. No era que ellos se creyeran superiores, pero tenían poco contacto laboral y personal con los «cabecitas negras», según se llamaba y sigue llamando, despectivamente o no, a los pobres venidos del campo. Años más tarde, cuando sus hijas ya eran mayores, a Willi le dolió un poco que ellas no se interesaran por la política mientras los hijos de sus amigos del club estaban admirablemente al tanto de la Gran Revolución Socialista de Octubre, la Batalla de Stalingrado, la Guerra de Corea y las contradicciones internas de la burguesía argentina.

Helga y él aprobaron con disciplina y un entusiasmo inalterado los cinco años de enseñanza secundaria. En los cuatro primeros no era obligatorio asistir a las clases, nocturnas, y bastaba con presentarse a los exámenes de fin de curso. Pero en el último ciclo la asistencia era preceptiva, por lo que ambos salían juntos de la casa al término de la tarde. Una amiga quedaba a cargo de las chicas hasta que ellos regresaban. Quizá fuera entonces, o más probablemente uno o dos años después, cuando Heidi comenzó a sentir miedo en la oscuridad si no estaban en casa los padres. Helga y Willi habían comprado camas cuchetas para sus hijas, la mayor dormía arriba y estiraba un brazo buscando a su hermana, que le tomaba la mano y le contaba noche tras noche un cuento para conjurar el miedo. Heidi ya no recuerda detalles, el caso es que salían ladrones o monstruos que la asediaban, y ella se estremecía aunque sabía que todos los cuentos acaban bien; de hecho, en el último instante aparecía Gisi, montada en un espléndido caballo blanco, y la rescataba del poder de los malvados.

Esa obsesión por salvar a los demás. El síndrome del redentor ya entonces, dice Heidi.

Ya no sabe cuánto rato su hermana le sujetaba la mano, supone que hasta que ella se quedaba dormida; entonces Gisi se soltaría suavemente, devolvería el brazo de Heidi arriba y le acomodaría la almohada, para luego conciliar ella misma el sueño.

En noviembre de 1958 Helga y Willi terminaron la secundaria con la nota máxima y enseguida se pusieron a preparar el examen de admisión a la Facultad de Medicina. Se presentaron ochocientos candidatos para ciento veinte plazas. Cuando, bastante nerviosos, revisaron el cartel con la lista de los admitidos, dieron con sus nombres: Guillermo Tenenbaum en el puesto número doce y Olga Markstein de Tenenbaum en el cuarenta. En marzo, después de las vacaciones de verano, Heidi empezó la escuela primaria, y sus padres, las clases en la universidad. Willi iba por la mañana, mientras que Helga asistía al turno vespertino y estudiaba de noche (primer año: Anatomía, Química, Física), hasta que a las tres de la madrugada Willi se levantaba y tomaba su lugar encima de los libros. Él tuvo que dejar el empleo en la droguería porque la dueña no estaba dispuesta a mantenerlo con horario reducido. Dos amigos le consiguieron un empleo como visitador médico, pero más provechosa y duradera resultó otra actividad: en el Hospital Central, Helga y Willi lograron que una enfermera gruñona les enseñara a poner inyecciones y todo lo necesario al respecto. La mujer había considerado un atrevimiento que se le pidiera instruir en eso a personas que recién empezaban a capacitarse. Así y todo, el manejo de la jeringa les garantizó un ingreso modesto pero suficiente los años siguientes. La actividad requería, por cierto, una rutina rígida y no exenta de sacrificio. Por entonces, la penicilina, por ejemplo, debía ser suministrada cada cuatro horas, lo que significaba que Willi casi nunca podía dormir toda la noche de corrido.

Hacia fines del primer año de facultad, Helga quedó embarazada por tercera vez. Al poco tiempo tuvieron que buscarse otra vivienda, pues el propietario de la casa que alquilaban les dio el desalojo tras haber oído que Guillermo Tenenbaum era comunista; él prefería no tener gente así viviendo bajo su techo, y menos aún considerando que a un paso quedaba la comisaría de la Policía Federal. Por un matrimonio amigo del Centro Cultural Israelita, dueños de una farmacia en Las Heras, Willi y Helga supieron que en unos meses se iba a desocupar una vivienda justo enfrente,

en la calle Lisandro Moyano: dos dormitorios, estar, cocina y baño, alquiler accesible. Poco después de la mudanza, el 29 de junio de 1960, nació Mónica, justo el día en que Helga cumplía treinta años.

Por falta de dinero, y quizá también porque así había sido en la «Viena roja» de donde venían, lo más normal para ellos era usar las instalaciones públicas de la ciudad. Si, por ejemplo, no había que pagar para acceder a la Pileta Municipal, ¿a qué molestarse en solicitar admisión a un country club privado, con cuyos socios no tenían nada en común? Ambas hermanas habían aprendido a nadar en las instalaciones del campamento del Centro Cultural Israelita, Gisi a los dos o tres años, y un día la vio nadar un profesor de natación del Gimnasio Municipal y habló con los padres convenciéndolos de fomentar el talento de esa niña. En una exhibición pública en la que estaba presente el entrenador de Menores del club de YPF, Yacimientos Petrolíferos Fiscales, el profesor arrojó a Gisi al agua con brazos y piernas amarradas. La pequeña emergió a la superficie y nadó varias piletas, aparentemente sin esfuerzo. Cuando al final de la demostración le desataron brazos y piernas y ella estaba saliendo de la pileta, se le acercó el entrenador y le preguntó cómo se llamaba.

Gisela Tenenbaum, dijo ella.

Lindo nombre para una campeona, dijo él.

Se la llevó al club, donde salió segunda en su primera competición, sin haber tenido una sola hora de entrenamiento. También Heidi y, más tarde, Mónica ingresaron al plantel de natación de YPF, y ninguna tuvo que pagar cuota social; sus padres apenas habrían podido asumirla. Ya el gasto de desplazarse en colectivo hasta la pileta del club en Godoy Cruz suponía una carga para el presupuesto familiar.

10

Kuki Giménez tenía ocho años cuando la familia Tenenbaum se instaló en la vecindad. En aquella época el barrio se veía bastante pobretón, afirma Kuki, las casas parecían destortaladas o a medio construir; las calles eran de tierra y, según el tiempo que hiciera, los colectivos y camiones levantaban nubes de polvo o traqueteaban entre charcos que llegaban a la rodilla, y la única área de juego para los niños era una cancha de fútbol de tierra pelada y apisonada, con cuatro pastitos en las líneas laterales. Invitar a los amigos a la casa no era aconsejable, esto Kuki lo supo muy temprano, porque sus padres eran muy estrictos, jodidos, dice, impacientes y hasta irascibles, pues se alteraban enseguida si ellos andaban correteando y gritando. Además Kuki se ligaba cachetadas si traía una mala nota del colegio o si respondía mal o si aparecía con el pantalón roto porque había peleado con chicos mayores.

Que existía otro tipo de padres lo descubrió cuando se hizo amigo de Heidi y Gisi. No solo él, sino también Quito y Hugo, compañeros de clase. El padre de Hugo era militar, pero al menos no andaba rezongando y fue uno de los primeros de la cuadra en tener televisor, frente al que ellos se reunían en las tardes, a las cinco y media en punto, para no perderse las locas aventuras del Capitán Piluso y su amigo Coquito. Después del programa todos volvían a casa de los Tenenbaum, a jugar y porque allí les daban un vaso de leche. Si un chico quería triunfar en sus aventuras, debía tomarse su vaso de leche diario, aseguraban Piluso y Coquito, y confirmaban Guillermo y Helga. Y cuando comentaban que muchos padres no tenían el dinero para comprar leche para sus hijos, Gisi quedaba pensativa.

No puede decirse que en lo de Tenenbaum los padres les dejaran hacer cualquier cosa a los chicos, en absoluto. Pero a él, Kuki, le daban a entender que era bienvenido. Además, no tenían esa costumbre de algunos adultos de tratar a los niños con una indulgencia especial, como si fueran loquitos. Ambos eran personas sencillamente extraordinarias, muy apreciadas en todo el barrio sin que ellos estuvieran buscando que los apreciaran. Eran serviciales, eso sí, y no tenían pretensiones ni se creían mejores que nadie, aunque sin duda lo eran; vivían modestamente y asumieron el esfuerzo de seguir esa larga carrera, pero no porque esperaran hacer su agosto una vez recibidos; cuando Kuki los conoció iban en bicicleta a visitar a los enfermos porque les faltaba dinero para el colectivo. Pero mandaban a las hijas al club de natación. Dice Kuki que a sus padres jamás se les hubiera ocurrido apuntarlo en un club.

Él se llevaba particularmente bien con Heidi. Ella era más vivaracha que su hermana y siempre bien dispuesta para una vuelta de «rin raje», para arrojar globos llenos de agua desde el balcón, para meterse en el patio de una casa y manchar con pomada de zapatos la ropa tendida. Gisi casi nunca participaba de esas travesuras, y no por cobardía, sino porque le daban pena los vecinos que ellos embromaban. Prefería quedarse en la casa estudiando o, años después, leyendo, mientras los demás iban a bailar los sábados por la noche o los domingos por la tarde. Discotecas no había, por lo que se reunían en la casa de alguno, preferentemente donde no estuvieran los viejos. Todos ponían algo: Coca-Cola, empanadas, pan con mortadela. O se iban juntos de picnic. O iban al cine. Otras diversiones no conocían.

Gisi era una nadadora de primera. Cada vez que competía, todos ellos acudían al club y eran su hinchada. Heidi también nadaba en torneos. Pero Gisi era mejor. Durante algún tiempo Heidi fue incluso novia de Kuki. Manito, algún beso, ni se les ocurría ir más allá. Pero luego se pelearon, por culpa de él, que se enredó con otra chica, estaba para la joda y no se tomaba muy en serio lo de la fidelidad. Y un día Heidi se apareció con otro novio. El caso es que ya se habían peleado, y después Kuki y sus padres se mudaron. La familia Tenenbaum también se mudó, una cuadra más allá, a la calle Juan Jufré, y con el tiempo se perdieron de vista. A Gisi todavía la vio alguna que otra vez, pocas, en la Facultad, porque él iba al turno nocturno y ella al vespertino. Durante el día él hacía el servicio militar en la Fuerza

Aérea, donde después, en 1976, empezó a trabajar como técnico de aeronaves. Estaba dos años más adelantado que Gisi en los estudios. No, no sabía que ella anduviera metida en política, a él nunca le interesó la política. Y Gisi tampoco intentó nunca hablarle de eso, quizá porque sabía dónde trabajaba Kuki. Él no se enteró sino después, por Guillermo y Helga, de que ella estaba desaparecida. Aunque todo ese tiempo hacía mantenimiento de aviones militares en la Cuarta Brigada, él nunca vio nada raro. Algunas veces, a los de personal civil como él los mandaban a casa antes de finalizar la jornada, como si no quisieran tener testigos indeseados. Él no le dio más vueltas a la cosa. Hoy hay quienes dicen que en un galpón cerca del aeropuerto, en Las Lajas, miembros de su brigada torturaron y asesinaron a opositores del régimen. Kuki no sabía nada de eso. Por lo demás, en Mendoza se respiraba un ambiente más bien tranquilo. Y si algo pasaba, la gente guardaba silencio. Así son los mendocinos, dice Kuki, cautos y reservados. Ni siquiera cuando terminó la dictadura militar hubo grandes manifestaciones. Solo las Madres salieron a la Plaza San Martín. Él pasó una vez por ahí y las vio. Pero no se sumó a la marcha, ni tampoco Quito ni Hugo, quien hacía tiempo que no vivía en Las Heras porque se mudó al campo con sus padres. Además, no era aconsejable dejarse ver por la plaza, y menos alguien como él que cobraba su sueldo de los militares. Por otra parte, como se dijo, a Kuki la política nunca le interesó. Lo único curioso en esto es que de un tiempo acá sí tiene cierta actividad política, porque desde 1983 existe en las Fuerzas Armadas un sindicato para los empleados civiles y actualmente él es uno de los delegados.

¿Si eso tendrá algo que ver con Gisi?